



DIRECTORA

La Serma. Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera,

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 20

Salamanca 15 de Agosto de 1907

AÑO II

FINEZA SINGULAR



El Sumo Pontífice Pío X ha concedido una extraordinaria gracia á la Serma. Sra. Infanta de España D.^a Paz de Borbón, En su celo por difundir su entusiasmo ardiente hacia la magna empresa de la Basílica entre los fieles de la universal cristiandad, había solicitado del Vicario de Jesucristo una especial bendición para todos los cooperadores y propagandistas de su piadoso proyecto. Los deseos justísimos de S. A. fueron expresados recientemente por intermedio del Cardenal Secretario de Estado, Mgr. Merry del Val, al Santo Padre. Y éste, visiblemente emocionado y admirado de la generosa magnanimidad de la Infanta española, que hace la felicidad de la corona de Baviera, ha otorgado con suma complacencia la merced anhelada, según se desprende del diploma que á continuación publicamos y traducimos, juntamente con la carta del señor

Cardenal Secretario, portador de tan fausta concesión, que ha de ser regalo de los devotos de Santa Teresa, incentivo de nuevos sacrificios en pro de la Seráfica Madre, y prez legítima de la incansable matrona D^a Paz, en cuyo espíritu parece revivir perfectamente moldeado el espíritu gigantesco de la reformadora admirable del Carmelo.

DIPLOMA DEL PAPA

Multiplex studium variamque industriam, unde Regalis Celsitudo Sua *Maria de la Paz*, Princeps Bavariae, Infans Hispaniae, incumbit in praestans pietissimumque opus Basilicae, honori Sanctae Theresiae, prope cineres Seraphicae Virginis, aedificandae, praecipua meritaque laude prosequimur, iisque universis, qui nobilissimum consilium, adiuverint opemque, pro sua quisque facultate, tulerint, Benedictionem Apostolicam ex animo impertimus.

Datum ex Aedibus Vaticanis die XVI Maii a MCMVII.

PIUS PP. X.

SU TRADUCCIÓN

Por los múltiples afanes y resortes ingeniosos con que S. A. R. D.^a María de la Paz, Princesa de Baviera é Infanta de España se consagra á la insigne y piadosísima empresa de erigir una Basílica en honor de Santa Teresa, junto al sepulcro de la Seráfica Virgen, le tributamos el distinguido encomio que merece y á todos aquellos que promuevan tan noble proyecto y cooperen con sus donativos en proporción de sus recursos, otorgamos de corazón la Bendición Apostólica.

Dado en el Palacio Vaticano, 16 Mayo 1907.

PIO PAPA X.

CARTA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL MERRY DEL VAL

SERENÍSIMA SEÑORA INFANTA.

La carta con que V. A. se ha servido honrarme en 9 de Mayo, me ha enterado de las piadosas industrias que su devoción hacia Santa Teresa le ha aconsejado para dar nuevo impulso á las obras de la Basílica en Alba de Tormes.

No he demorado en poner esas industrias en conocimiento de Su Santidad, y el Padre Santo se ha complacido mucho en constatar una vez más el espíritu seráfico que anima á Vuestra Alteza.

Dándole, pues, los elogios y las alabanzas que merece, Su Santidad ha accedido gustoso al deseo que V. A. le tenía manifestado. Adjunto va el diploma en que Su Santidad alaba y bendice á los que favorecen la noble y grandiosa empresa acometida por V. A. Creo que si V. A. manda reproducir en

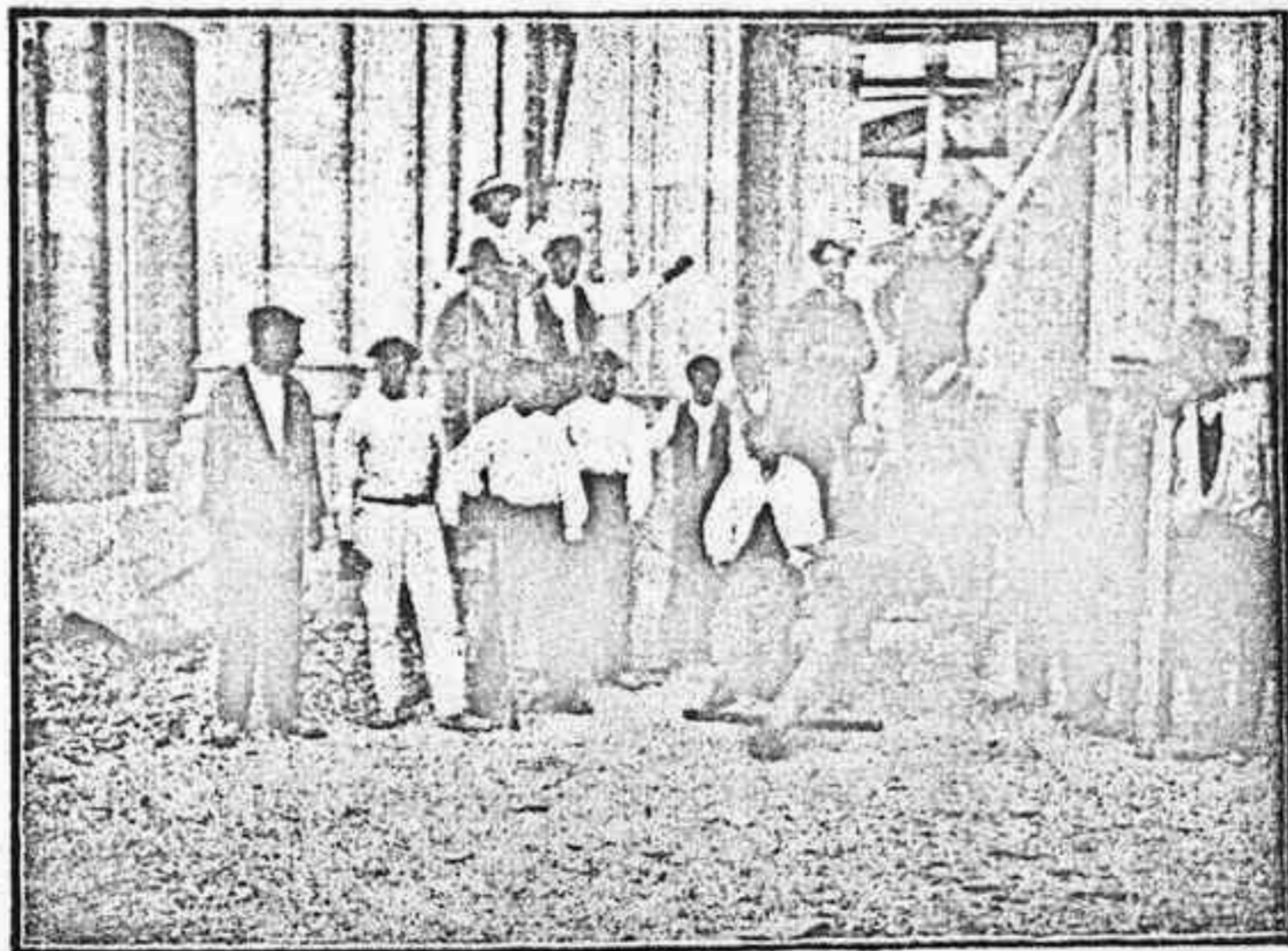
fototipia el diploma enriquecido con la firma autógrafa de Su Santidad, cada ejemplar que se reparta puede ser testimonio de la aprobación del Papa.

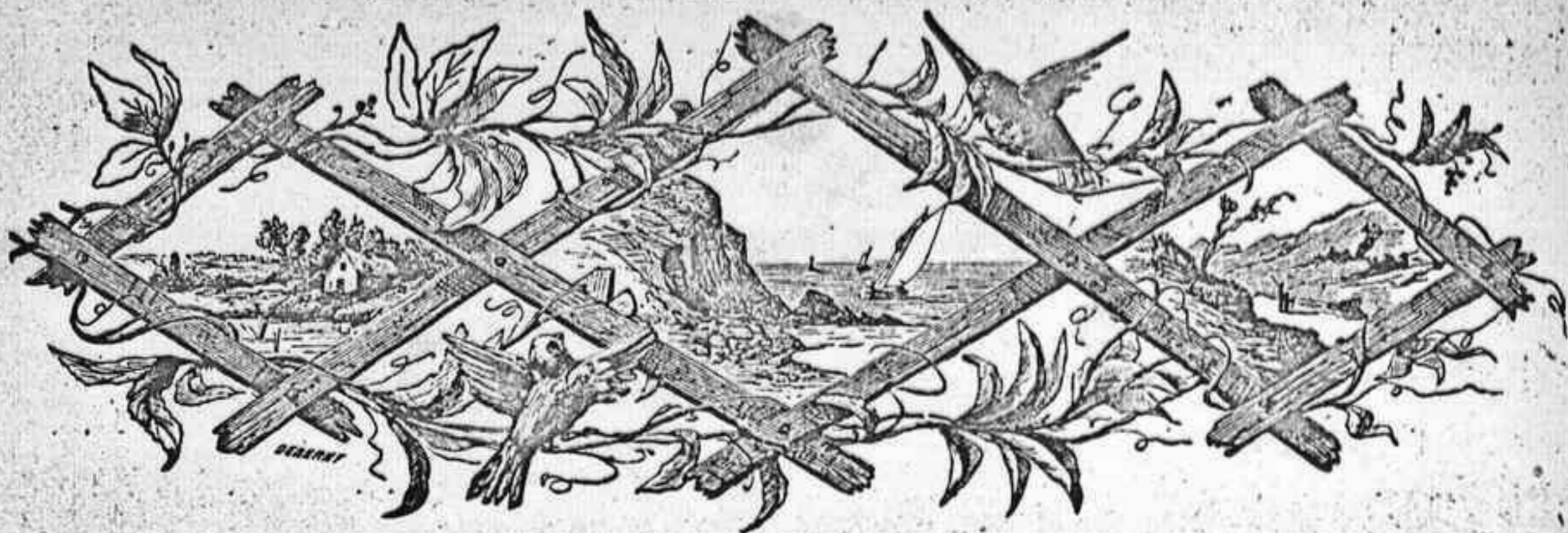
Por lo que se refiere á mi humilde persona, desde luego quiero figurar entre los que favorecen una obra que ha de dar gloria á Dios y honor á una de las santas más preclaras de nuestra España; pero ruego á V. A. no extreme su amabilidad para conmigo hasta poner, según lo ofrecido, mi nombre á la cabeza de los que sancionan y bendicen la empresa.

Me es grata la ocasión para reiterar á V. A. el homenaje de profundo respeto, con que soy su muy adicto y devotísimo capellán.

✠ C. M. DEL VAL.

20 Mayo 1907.





DE MI VIDA

IMPRESIONES

III



ABUELA! Quiere para mí decir tanto esta palabra, que no voy á encontrar frases para expresar los recuerdos y emociones que en mi alma evoca. Es como una hermosa puesta del sol en una tarde de verano llena de paz infinita. Mi nietecito, esa criaturita que yo veía en lejanos sueños, está ahora aquí, á mi lado, bajo mi techo, mirándome alegre, juguetón, sonriente, con sus ojos azules, que yo contemplo con ternura inefable, y al fijarme en ellos reviven en mi espíritu los recuerdos y ensueños de otros tiempos. A veces me pongo á su lado y callo y medito, y él, como si comprendiera lo que pienso, frunce el ceño, sacude sus bracitos y nerviosillo y casi enfadado me dice: *eh?* !!! y á mí se me figura que quiere decirme: “¿qué es eso, abuelita, estás chocha? Me parece que fué ayer, y ya hace un cuarto de siglo, desde que salí de España para compartir la vida con mi esposo; estaba dispuesta á seguirle á donde me llevase; me era igual cómo se llamaba su patria, ni la lengua que allí se hablase; yo tomaría cariño á su país y aprendería lo mejor que me fuese posible su lengua, á eso estaba decidida.

El día antes de partir se puso la primera piedra del templo de la Almudena, y con esa delicadeza del carácter español, los organizadores de la ceremonia se acordaron de mí, y es-

crita en pergamino me pidieron que firmara una plegaria que yo había compuesto en honor de "mi Virgen de la Almudena,,. ¡Querían conservarla para siempre en los cimientos! ¡Cuántas veces me ha consolado pensar que aquellos muros encierran mi oración! ¡Y cómo la llevan constantemente al cielo! ¡Y cómo Dios la escucha! ¡Me lo dice este niño que me sonrío! ¡Si me parece que es su padre cuando era también niño! ¡Con qué alegría recuerdo el primer grito que dió mi hijo! Era una tarde del mes de Mayo en Madrid, que allí quise yo ir y allí me llevó mi esposo para compartir las alegrías con los míos. ¡Qué días tan inolvidables fueron aquéllos! Tuve una grave enfermedad y el interés y cariño que en aquella ocasión me demostró el pueblo de Madrid son de los que conmueven el alma y no se olvidan. Si la Virgen de la Paloma me contase todo lo que oyó en aquellos días, qué cosas tan bonitas me diría; hasta descalzas fueron algunas mujeres á su ermita para rogar por mí. Y cuando Dios escuchó sus oraciones y me puse buena y llegó la hora de volverme, mi hermano Alfonso, cuyo corazón latía siempre con el mismo calor que el de su pueblo, me preguntó: "¿Qué hacemos para que puedas despedirte de las gentes?,"—"Abre las puertas,, le contesté; "y que vengan hasta mí los que han venido todos los días á preguntar por mi salud,,.—Dicho y hecho; las puertas se abrieron de par en par.—¡Qué emociones aquellas!—"¡Dios la bendiga!,"—"¡Qué alegría de verla otra vez buena!,"—"Buen viaje,,—"No nos olvide,,—y yo sólo podía contestar: "gracias,,.

Me volví á Baviera con mi niño; después, Dios me dió otros dos, y su educación fué el objeto de mis constantes desvelos. Hasta que tienen el primer diente y dan el primer paso, los días se hacen eternos; pero luego se pasan los años sin sentir y de repente se presenta para ellos el gran problema de la vida. Y entonces sí que sueñan las madres; somos muy ambiciosas cuando pensamos en nuestros hijos. Yo soñé mucho; pero todo cuanto pude soñar para mi hijo Fernando no llega á lo que Dios me ha dado: *María Teresa*.

España veía crecer á esa niña con el mismo cariño que yo, era la imagen de su padre, y aun aquellos que nunca la habían hablado, sólo de verla pasar, la querían. ¡Cuántas veces corazones españoles me confiaron su temor de que el día menos pensado vendría un Príncipe extranjero que se la llevase! A mí me asustaba también esa idea y contestaba muy de co-

razón: "Eso no puede ser, hay que dejarle esa criatura á España, que bastantes pérdidas ha sufrido ya."

Un día, después de muchos años de no haber pisado el suelo español, le dije á mi marido: "Mira, los chicos han terminado ya sus estudios y antes de que nuevas obligaciones les pidan tiempo y fuerzas, llevémoslos á España; quisiera enseñarles yo misma los sitios que me son sagrados, para que cuando más tarde vuelvan ellos solos, se acuerden de aquella vez que estuvieron con su madre". Ya habían estado en España cuando eran pequeñitos; pero en estos días estaban ya sus almas en estado de beber impresiones y desarrollarlas según el modo de sentir de cada uno. No me ciega la pasión hasta el punto de no ver las faltas de nuestra tierra, pero mi miedo de oír la menor crítica de labios de mis hijos, llegó hasta pedirles que durmiesen al cruzar los campos áridos de Castilla. Había oído tantas veces observaciones de extranjeros que decían: ¿por qué no hay árboles?, ¿por qué no hay casas?, ¿por qué no hay pueblos?, ¿por qué no hay esto y lo otro y no sé cuántas cosas más...? y, sin embargo, de mis propios hijos temía las preguntas y las observaciones. Pero cuál fué mi alegría al ver que, aunque había puesto toda mi buena voluntad en cumplir todas las ordenanzas alemanas, que tanto admiro, me resultaron tres españoles de cuerpo entero, con mi manera de pensar y de sentir. Y así sucedió que los hijos de mi hermano y los míos se entendieron como si se hubiesen criado y vivido siempre juntos.

.....

María Teresa propuso que leyésemos reunidos la leyenda del Cid de Zorrilla. El Cid era un antiguo amigo de todos, y al mirarse podían decir con el poeta:

"Y como del primer día
en que pude oír y hablar,
mi madre me entretenía
con los cuentos que sabía
de Ruy Díaz de Vivar,
cifra primera de gloria
de la castellana historia
y del burgalés solar,
de Ruy Díaz la memoria
voy la primera á evocar."

María Teresa estaba sentada en una sillita baja junto á una ventana de la Punta del Diamante de Palacio, la cabeza inclinada sobre el libro y como fondo de aquella figura tan castizamente española, Madrid y las montañas del Guadarrama. Mi hijo en un rinconcito obscuro del otro lado del cuarto la escuchaba y contemplaba en silencio, y yo sentía en la atmósfera algo que temía desvanecer analizándolo. Al cabo de algunos días llegamos al punto en que el Rey manda llamar á Rodrigo y á su padre con el fin de allanar las dificultades que se oponían á la boda con Jimena:

“Y al ir á montar los dos
al padre preguntó el hijo:
“¿Qué os parece?” Y aquél dijo:
“Hijo, que estaba de Dios.”

Los ojos que habían permanecido todos aquellos días fijos en el libro, se levantaron un instante y se encontraron con los míos. “Estaba de Dios,”—repitió mi corazón.—¡Y así era! Nada se decidió, sin embargo, en aquella temporada; yo era la primera que había dicho: “no hay que quitársela á España,” y no iba á ser yo quien se la quitase. Pero... eso implicaba la separación de mi hijo. Las madres, que tanto sueñan en la felicidad de sus hijos, hubieran hecho en mi caso lo que yo hice. El día que nos volvimos á Baviera, nos reunimos por última vez con el poema del Cid y vimos á nuestro héroe que decía:

“No llores, Jimena mía:
cuando mi cuerpo te falte
contigo estará mi espíritu;
las almas son inmortales,
y estando unidas las nuestras
de Dios ante los altares,
Dios las mantendrá ligadas
aunque los cuerpos separe...”

...El sol se ponía tras las montañas del Guadarrama; siguió el silencio, el silencio que trae el crepúsculo; María Teresa cerró su libro y me lo dió. “Llévatelo,” fué lo único que me dijo, pero yo comprendí que era mucho más lo que quería decirme.



Pasaron dos años y nadie se enteró de los sentimientos de mi hijo; lo que á uno le es sagrado lo esconde en lo más profundo del alma para que nadie lo profane; nosotros mismos hablábamos rara vez de ello; mi voz flaquea casi siempre en los momentos en que parezco más valiente. Una tarde, en ocasión en que él estaba en las maniobras con su regimiento, llegó un telegrama; me había dicho que los abriera y así lo hice y leí con viva emoción que el Rey le invitaba para que fuera á San Sebastián. Salí á su encuentro, que aquel día precisamente regresaba de sus maniobras, y enseñándole desde lejos el telegrama, "que vayas,"—le dije. Se fué y á los pocos meses se hizo la boda.

Aquel día temieron mis amigos que me faltase el valor; otros al verme pasar sonriente con manto y diadema por las galerías de palacio, pensaron seguramente: "esa mujer no tiene corazón,"; pero no todos se habrían fijado en una pareja, un húsar de Pavía con chaquetilla y una mujer pequeñita, que cubría su cabeza con un manto á usanza de otros tiempos, que pocas horas antes cruzaban silenciosos, pero alegres con esas alegrías que sienten y guardan las almas, el patio solitario del alcázar. Por su porte y maneras, de seguro que se veía que eran madre é hijo. Eramos mi hijo y yo, que subimos al oratorio, donde comulgamos juntos y rezamos arrodillados junto á una estatua de Santa Teresa (1), que yo veía y sentía amorosa y buena extender su mano sobre mi hijo para prote-

(1) Esta conmovedora escena sugirió á S. A. R. la Infanta D.^a Paz la siguiente sentidísima poesía publicada en esta revista, y que reproducimos en gracia de los nuevos suscriptores, que tendrán sumo gusto en saborearla:

Fuimos juntos de mañana,
decía misa el capellán
que educó padres é hijos
en nuestro hogar alemán.

Como cuando tú eras niño,
de rodillas junto á mí
rezabas, y yo rezaba,
¡rezaba tanto por ti...!

Y un momento flaqueaba
este pobre corazón;
de esas sorpresas que asaltan
y no explica la razón.

Esa chaquetilla roja
de tropa que tanto amé,
hoy me enturbiaba la vista,
sin darme cuenta por qué.

De repente tu gorrilla
al pie de una estatua ví:
«siempre práctico», me dije
al verlo y me sonreí.

Mas levantando la vista,
¡cuál fué entonces mi emoción
al ver á Santa Teresa
dándome contestación!

Al lado de aquella insignia
que depusiste á sus pies,
tenía extendida la mano
con el mayor interés.

«Me marchó lejos, le dije;
pero tranquila me voy,
después de lo que tu imagen
me acaba de decir hoy».

gerle y guardarle. Después... y antes de vestir nuestras galas y colocarnos en los puestos que nos marcaba la etiqueta, nos dirigimos á su cuarto, y retirando del brasero la chocolatera, mi hijo me miró y me dijo: "madre, quédate, hay bastante para los dos," y me quedé, ¡ya lo creo! y nos desayunamos con la misma alegría que aquella pareja feliz que tan primorosamente describe el P. Coloma en *Pequeñeces*; tomando horchata en la Plaza de Oriente, me parecía estar oyendo "ajonde V., madre," que es por cierto, en mi sentir, uno de los tonos más bonitos que tiene aquel pincel andaluz para describir "esa felicidad á dos cuartos," ¿cómo me había de pesar después de esto mi diadema ni mi manto bordado de plata?

.....

¡Con qué gusto inclinó María Teresa la cabeza bajo el yugo y qué honrado fué el apretón de manos que dió á mi hijo ante el altar! Al atravesar los salones para ir á cumplir con la ley del matrimonio civil, pensando que hay que dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, se acercó María Teresa, no se me olvida, á uno de los balcones; lo abrió y al punto un grito inmenso de alegría llegó á mis oídos y conmovió mi alma. Era el pueblo que los saludaba. "¿Qué es eso?," dije á la que ya era mi hija, y ella, sencillamente, con esa sonrisa que tanto gusta á los madrileños, me contestó: "les había prometido que nos asomaríamos al balcón,".

Por la tarde se fueron los dos juntos á la Paloma, y al verlos las gentes ir á dar gracias á su Virgen, los bendecían y abrazaban, en tanto que yo, sentada con mi marido en el campo del Moro, alegre y feliz, al oír los clamores del pueblo, que hasta allí llegaban, dirigía mis miradas hacia el muro de la Virgen de la Almudena....

Cesaron las voces y al poco tiempo se vió una luz en la ventana del cuarto en que en otro tiempo habíamos leído el poema del Cid; los recién casados entraban en sus habitaciones.

Dejé tranquila á mi hijo en España y en el verano vinieron á verme y me contaron algo, que me hizo muy feliz. En Diciembre la esperanza se convirtió en realidad, nació el niño y pasamos todos juntos la Nochebuena en Madrid. No me atrevía á preguntarles cuándo me traerían el nietecito, pero ellos son tan buenos, que han querido que la abuela participe

de su felicidad; aquí los tengo ahora á todos; ¡me parece un sueño!

Aquí quieren ya también, pero mucho, á María Teresa. Juntas vamos á los establecimientos de beneficencia, á los museos y... hasta á ver maniobrar la artillería, donde está mi hijo Adalberto.

El día de Santiago quisimos festejar al patrón de España, y, reuniendo en la capilla de Nymphenburg á todos los españoles que hay en Munich, pedimos al Dr. D. Gonzalo Sanz, Canónigo de la Catedral de Salamanca, que nos hablara de nuestro Santo. Según su costumbre, supo tocar y conmover las cuerdas de todos los corazones; habló de lo que España debe á su apóstol, de la Virgen del Pilar, del Clavijo y de las Navas, y cómo España, durante los siglos más gloriosos de su historia, sentía en las batallas la presencia de su apóstol y caudillo, que los llevaba á la victoria. Se dirigió á los caballeros de Santiago que le escuchaban, y por fin exhortó á los jóvenes que vienen á estudiar al extranjero, á que empleen sus conocimientos en bien de la patria. ¡Es tan hermoso cuando se reúnen gentes que se comprenden tan bien...!

Ahora aprovecharé bien los días que aquí tengo á mis hijos, y después ellos se volverán á España para establecerse confortablemente en su nueva casa, que está, ¿sabes dónde, lector y amigo?; pues al pie del muro que encierra mi plegaria á la Virgen de la Almudena.

PAZ DE BORBÓN.

Nymphenburg, Agosto 1907.





SOR FRANCISCA DE CRISTO

FUNDADORA DEL CONVENTO DE CARMELITAS DE LOECHES

Breve biografía, tomada de las Clínicas de dicho convento

No lejos de Madrid, en el pequeño pueblo de Loeches, é inmediato al convento de Dominicas, fundado por el Conde Duque de Olivares, en donde tienen los Duques de Alba su panteón de familia, existe un convento de Carmelitas, que fué fundado en 1596 por la venerable Sor Francisca de Cristo, cuya biografía vamos brevemente á reseñar.

Nació en Madrid. Su padre, D. Iñigo de Cárdenas y Zapata, era caballero del hábito de Santiago, presidente del Consejo de Ordenes y ministro, á quien Felipe II distinguía sobremanera, y su madre, D.^a Isabel de Avellaneda, fué hermana de D. Bernardino González, primer conde de Castrillo. No tuvieron más hijos que D. Iñigo, que llegó á elevada posición en la Corte de España, siendo luego embajador de ella en Venecia, y D.^a Francisca, que es objeto de estas líneas.

Reunía Francisca, á la cristiana educación recibida por sus padres y á la nobleza de su cuna, notable hermosura, acrisolada virtud, superior talento y todos aquellos atractivos para brillar en la Corte; pero desde su infancia la gracia divina la inspiró desprecio de las vanidades del mundo, y ella, correspondiendo fielmente á la voz de Dios, se inclinaba de día en día á ser esposa suya, consagrándose para siempre á Él en la soledad del claustro.

La lectura de las obras de la mística Doctora Santa Te-

resa de Jesús la hicieron preferir la Orden del Carmelo, no teniendo menor parte en decidirse á ser monja (apenas pisaba los umbrales de la juventud), la pena causada por la muerte de su padre.

No obstante la piedad de D.^a Isabel de Avellaneda, se oponía á los deseos de su hija desde que le fueron notorios, porque después del ventajoso casamiento de su hijo Iñigo, cifra-



SOR FRANCISCA DE CRISTO

fundadora
del Convento de Carmelitas de Loeches.

ba la esperanza de que prosiguiese su familia por medio de algún ilustre enlace de Francisca. Hacía ésta en el mundo vida penitente, cual si estuviese en el claustro, á pesar de que su madre la quitó los libros espirituales, separándola hasta de las personas devotas, que siempre la habían rodeado para servirla; sólo la permitió conservar una antigua doncella, que acompañaba á Francisca á visitar á las Carmelitas de Santa Ana cuando podía ocultarse de la tenaz vigilancia de D.^a Isabel. En ese convento había entrado monja una íntima amiga de la familia de Francisca, D.^a Isabel de Córdoba, hija del licenciado Botella Maldonado, del Consejo Real de Castilla, y á ella iba Francisca á confiar sus penas y deseos.

Pronto encontró D.^a Isabel el ilustre casamiento que bus-

caba para su hija; pero al manifestarla su proyecto, no admitió Francisca la proposición, y sin decir nada á su madre, se va al convento de Carmelitas de Santa Ana, entra en el locutorio (dejando fuera á la doncella que la acompañaba) y pide á las monjas la vistan el hábito de religiosa. No se atrevían á acceder á sus deseos sin el permiso de la madre, cuando milagrosamente se encontraron á Francisca dentro del convento, habiendo entrado estando cerradas sus puertas y la del locutorio, á la que echó la llave la doncella de Francisca, recelando los propósitos de ella.

Al saber el hecho D.^a Isabel, desmayóse de la pena, y sucediendo el furor al sentimiento, acudió al Vicario general de Madrid para que sacase del convento viva ó muerta á Francisca, pero la encontró el Vicario tan firme en su vocación, que dijo á D.^a Isabel era casi ofender gravemente á Dios violentar la voluntad de aquella alma que Jesucristo había elegido para su divino servicio en el retiro del claustro.

El amor maternal muchas veces se ciega en casos análogos, no viendo en la separación de los hijos nada más que el dolor del sacrificio, sin vislumbrar la felicidad del premio temporal y eterno que á él se sigue, así D.^a Isabel llevó su tenacidad en contrariar la vocación de su hija, no sólo hasta el extremo de sacarla del convento y tenerla depositada en casa del Oidor Tejada, agotando caricias y amenazas con este fin, sino obtener una Real Orden y pedir un Breve al Papa para que Francisca no volviese al convento. Todo resultó inútil, y la contradicción aumentaba la fortaleza y constancia de esta heroica virgen, que al fin pudo persuadir á su madre que la permitiera vestir el hábito de Carmelita, siendo por sus esclarecidas virtudes digna imitadora de Teresa de Jesús y modelo de religiosas.

El día 23 de Mayo de 1592 profesó á los dieciseis años de edad; la ceremonia fué solemnísimá, asistiendo las personas más ilustres de la corte, y predicando el célebre R. P. Domingo Báñez, dominico. Admiraba á todos los concurrentes el fervor con que pronunció los votos religiosos la ejemplar novicia, que desde su entrada en el claustro tomó el nombre de Sor Francisca de Cristo.

Volaba por la senda de la santidad esta alma privilegiada, llegando á ser favorecida aun antes de su profesión con apariciones de Jesús con la cruz sobre sus hombros, esforzán-

dola en las duras pruebas que hubo de padecer, y viendo otras veces al glorioso mártir San Lorenzo, de quien era especial devota.

No contenta con su propia santificación, deseaba la de su familia y el aumento de la orden monástica que había abrazado; así, aconsejó á su madre que puesto que ya estaba viuda y D. Iñigo hallábase casado y era embajador en Venecia, que ella fundase un convento de Carmelitas en la villa de Loeches, porque allí tenían D.^a Isabel y su difunto esposo un castillo que compraron á la Orden de Santiago. Para animar más Sor Francisca á su madre, la decía que en la nueva fundación podrían vivir las dos reunidas, retirándose D.^a Isabel á aquel proyectado convento, bien como religiosa ó si no se sentía con salud para tan austera vida, permanecer en una habitación contigua al convento, dedicada en absoluto á la piedad.

Estos consejos de Sor Francisca de Cristo influyeron tanto en D.^a Isabel, que, de acuerdo con su hijo D. Iñigo, le dejó la herencia que le correspondía y emplearon todo lo restante de la gran fortuna que poseían en fundar el convento de Carmelitas en Loeches el año ya indicado, rigiendo los destinos de la Iglesia el Sumo Pontífice Clemente VIII, ocupando la Sede Arzobispal de Toledo el Archiduque Alberto, y siendo General de la Orden Fr. Elías de San Martín.

Falleció santamente D.^a Isabel antes de terminada la erección de este convento, pero D. Iñigo, entonces embajador en Venecia, cumpliendo la última voluntad de su madre, contribuyó con grandes donativos á concluir la fundación, enviando además preciosos regalos para la iglesia, entre otros, un artístico sagrario.

Sor Francisca y las religiosas que la acompañaban llegaron al nuevo convento de Loeches el 10 de Agosto, fiesta de San Lorenzo, mártir. Una visión que tuvo Sor Francisca, en la que San Ignacio mártir se le apareció entre varias monjas carmelitas, prometiendo protegerlas, fué el motivo de llevar la iglesia y el convento la advocación de este Santo.

Las primeras monjas que vinieron con Sor Francisca á la nueva fundación, procedían de los conventos de carmelitas fundados por Santa Teresa de Jesús.

Brillaba Sor Francisca entre aquellas ilustres vírgenes por el ejemplo de las virtudes más heróicas, y aún se conser-

va en el convento la tradición piadosa y verídica de las gracias celestiales y milagrosas revelaciones con que Dios favoreció no sólo á la venerable fundadora, si que también á muchas de las religiosas que iban aumentando el número de esas esclarecidas hijas del Serafín del Carmelo.

Elegida Sor Francisca Priora de su comunidad, desempeñó durante varios años este cargo, siendo modelo de preladas, y distinguiéndose por la humildad, que sobresalía en toda su conducta, hasta el punto de anticiparse á todas las monjas cuando se ocupaban en oficios de trabajo, como son barrer, limpiar, etc.

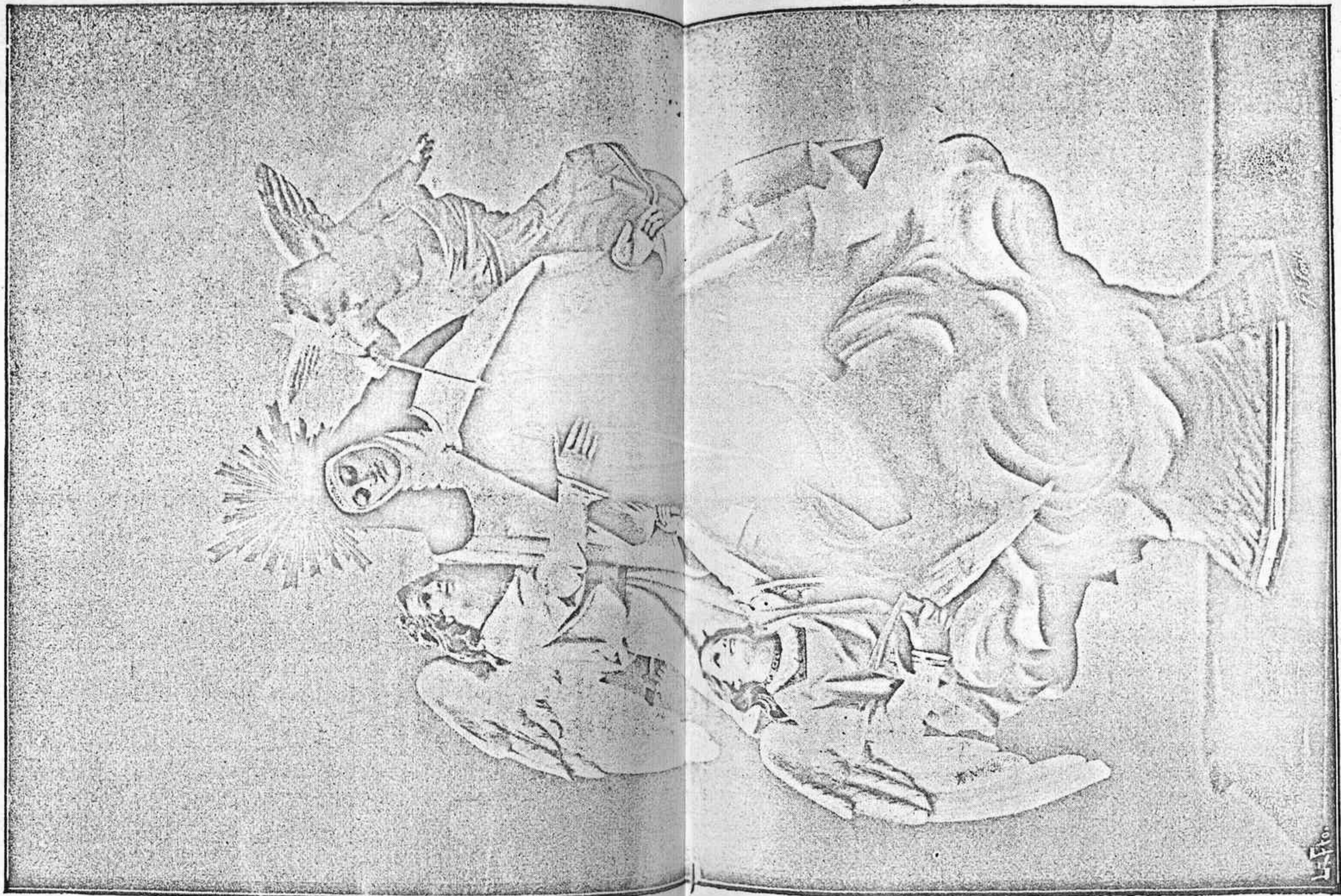
Una larga enfermedad, sufrida con heróica paciencia, fué la llave que abrió la puerta del paraíso á Francisca para unirse en el cielo con su Esposo Divino, saliendo de este valle de lágrimas el 15 de Julio de 1606 entre once y doce de la noche. En el mismo acto de expirar se apareció radiante de gloria á su hermano D. Iñigo, que se encontraba en Venecia.

Celebráronse solemnes honras fúnebres por la venerable virgen, haciendo su elogio en elocuente oración el P. Jerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesús, predicador de Su Majestad el Rey, y con asistencia de las principales personas de la Corte de España. En la carta de pésame escrita por el expresado jesuíta al hermano de Sor Francisca, decía: que "fué de las almas prodigiosas en santidad que en aquel siglo habían florecido". El cuerpo de tan digna hija de Teresa de Jesús reposa y se conserva aún en el convento de Carmelitas de Loeches.

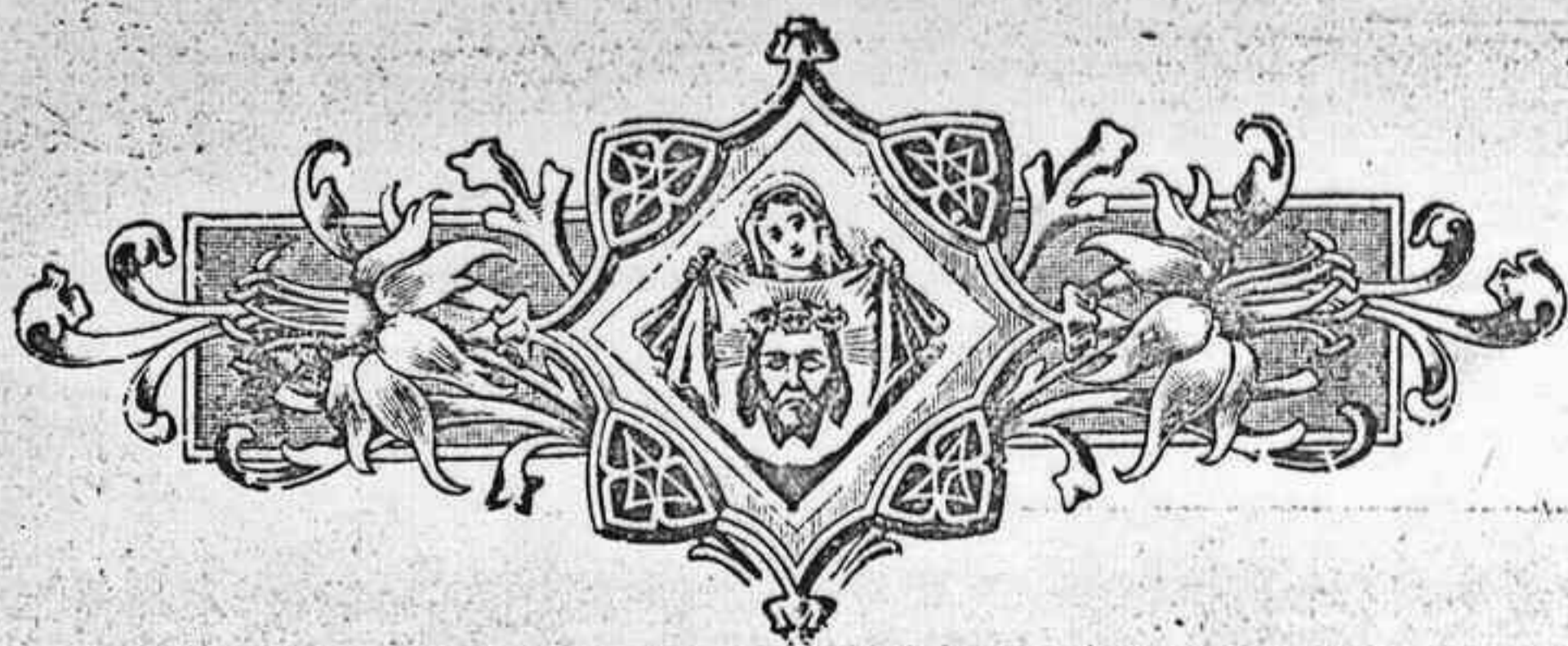
Otras muchas religiosas han ilustrado este convento con grandes ejemplos de santidad, entre ellas la M. Leonor de San Bernardo, que fué una de las siete monjas carmelitas que salieron de España para fundar en Francia, y murió en Gante después de ser fundadora de aquel convento y de muchos otros en Flandes. Era hija de D. Juan Corbari y Colonna, familia nobilísima de Génova, y de D.^a Leonor Baviera y Spínola, unida con lazos de parentesco á los Duques de Baviera. La amistad de Corbari con D. Iñigo motivó la entrada de la M. Leonor en el convento de Loeches, no obstante haber nacido y pasado su infancia en Lieja.

MARÍA ISABEL PROTA Y CARMENA.

1906.



TRANSVERBERACIÓN DE SANTA TERESA DE JESÚS



VISIÓN

El «Angelus» ha poco modularon
las campanas del santo monasterio;
amorosas las vírgenes rezaron
versículos piadosos del salterio.

La noche fué brotando suavemente,
obscorecióse el luminar del día,
el cielo se estrelló, y, lentamente,
la luna melancólica surgía.

Un aire perfumado meneaba
los árboles floridos de la huerta,
los árboles floridos que alumbraba
cándida luna, vagarosa, incierta...

Al dulce resplandor, el monasterio
en las negruras su perfil asoma
y cambia su matiz parduzco y serio
por nitideces de torcaz paloma.

Bajo el arco de gótica ventana
una figura de mujer descuella;
si es bello el despertar de la mañana,
su pudorosa faz es aún más bella.

Rasgados ojos de mirar radiante,
húmedos labios de carmín subido;
húmedos son, porque una perla amante
brotada de los ojos han bebido.

La tierra tus virtudes necesita,
insigne luchadora del Carmelo;
sostén la fe de tu nación bendita,
trabaja por tu amado, cruza el suelo...

...Y la sombra pasó, voló radiante
por el espacio hasta salvar la altura.
Teresa la llamaba suplicante...,
No se vió más la celestial figura.

Sobre sus manos inclinó la frente,
abismada la mística doctora.
Murió la luna, se rasgó el Oriente,
y así la sorprendió la nueva aurora.

.....
...Y aún sonaba la voz, la voz del cielo:
«tus virtudes la tierra necesita;
trabaja por tu amado, cruza el suelo,
sostén la fe de tu nación bendita...»

EMILIO ROMÁN Y CORTES,
Seminarista de Madrid.





FIDELIDAD DE LAS MUJERES A JESUCRISTO



o tuvo Jesucristo en el sexo femenino un Judas traidor, un Pedro que le negase y un Pilatos que le condenara.

Mientras todos sus discípulos le abandonan, á excepción de San Juan, la mujer, acusada de voluble, frívola y ligera, sigue á Jesús por todas partes, recogiendo sus doctrinas, aparece al pie de la Cruz, y después junto al sepulcro.

Las mujeres prestaron á Jesucristo importantes servicios durante su Pasión: la Samaritana apagó su sed, la Magdalena le ungió los pies con ricas ésencias; mas la mujer debe enorgullecerse de haber sido premiada por el Salvador. Concedió á Marta la resurrección de su hermano Lázaro, curó á la hija de la cananea, perdonó á la mujer adúltera y dignificó á Magdalena ante el pueblo que le escarnecía.

Interesante es el tipo de la pecadora Magdalena: dotada de gran belleza, de imaginación exaltada y de temperamento ardiente, fué muy célebre por su vida licenciosa; pero la celebridad de su arrepentimiento eclipsó la celebridad de sus pecados.

Habiendo oído hablar de las virtudes de Jesús, de sus raras perfecciones, quiso conocerle, porque á su fantasía encantaba lo maravilloso, y al escuchar la sublime moral de sus preceptos sintió el deseo de regenerarse, el deseo de imitar al *Intachable*.

La Magdalena hizo más que redimirse de sus culpas, convirtió á un sinnúmero de mujeres que, cual ella, habían vivido en la disolución. Abrasólas en su fe y las llevó tras Jesús, desde Getsemaní hasta el Calvario. Magdalena se la ve al pie

de la Cruz llena de dolor, y en el santo sepulcro llena de esperanza. Jesús le había dicho que resucitaría, y no dudó de la palabra de Jesús. Magdalena, que embalsamó el divino cuerpo de Jesucristo, fué recompensada con la aparición del Redentor. En vez de presentarse á ella cual le había visto en la Cruz, quiso tomar aspecto risueño y se presentó en traje de jardinero. Magdalena sentía pasión por las flores; la primera cruz florida que se vió en Judea fué obra de aquella hermosa mujer, á quien se puede denominar *poesía del arrepentimiento*.

La resurrección del Salvador, divulgada por las mujeres, aumentó el número de prosélitos para la idea cristiana.

¿Cómo no había de fascinar á las mujeres la sublime moral de Jesucristo, que tan alto habla al espíritu, si las mujeres fueron siempre más espiritualistas que los hombres?

Incomparable es la doctrina en que aparece la sublimidad del Dios en la sencillez del hombre, la divinidad del sentimiento en la sinceridad de la expresión, la manifestación de la verdad, sin pompa augusta, en sencilla forma.

No tuvo la antigüedad moralistas tan puros y perfectos como Jesús; ni Sócrates, sabio entre los sabios, ni Aristóteles, ni Séneca, ni Platón se le parecen.

La famosa moral de los estóicos era una moral fastuosa, vana; la moral de los essenios, á cuya secta pertenecía Jesús, era una moral humilde y pura.

Las mujeres, enaltecidas por aquellas nobles doctrinas, comprendieron que el Cristianismo era muy superior á la religión pagana y abrazaron con ardor la moral del Crucificado.

Mientras en la época de Augusto llegó un día en que no se encontraban jóvenes que quisieran consagrarse á Vesta, hubo doncellas cristianas que se mataron al ver amenazada su virginidad.

El paganismo había sido el halago de los sentidos, el desarrollo de la voluptuosidad, la divinización de la materia, y á este antropomorfismo oponía la idea cristiana con la apotheosis del espíritu, con la glorificación del alma, el menosprecio del cuerpo.

Amad el alma, decían los propagadores de la sublime religión, no mirando los cuerpos sino como una estatua cuya belleza hace pensar en el escultor.

María, la elegida del Señor, libertó de la esclavitud el sexo humillado, y la mujer alternó en Judea con los Profetas; profetizó y bautizó, intervino en las Asambleas, participando de la instrucción, del sacrificio y del ministerio.

Desde los tiempos de la primitiva Iglesia, el Cristianismo tuvo sacerdotisas ordenadas de un modo semejante á los diáconos.

Los Apóstoles formaron un cuerpo de diaconisas, y en la epístola de San Pablo á los romanos son mencionadas. Las diaconisas denominábanse *viadutus*, derivándose este nombre del estado á que pertenecían, porque las viudas ejecutaban las órdenes del obispo en todo cuanto se relacionaba con las mujeres, adornaban el templo, consolaban á las prisioneras, cuidaban á las enfermas, y, como antes de entrar en la orden habían vivido en el seno de la familia, hallándose dotadas de experiencia, aconsejaban con la mayor sensatez.

La diaconisa tuvo la importancia que más tarde debía alcanzar el confesor.

Algunas mujeres cicatrizaban las heridas de los mártires, recogían sus huesos y su sangre; otras, más valerosas, les disputaban la dicha de morir por Dios. Llevadas al martirio, fueron más heroicas que los hombres, pues ellos sólo tenían que soportar dolores físicos, mientras que ellas, además de éstos, sufrían grandes dolores morales al verse ultrajadas en su pudor.

En la época del martirio de los cristianos quedó desmentido el injusto dictado de débil que siempre ha dado el hombre al sexo femenino, y al participar la mujer de los heroismos del hombre, al ser igualada á éste en los suplicios, se constituyó igual en derechos morales y selló con su sangre la libertad que alcanzara en los tiempos civiles. Sabido es que entre los mártires el número de mujeres excedió al de los hombres.

Las mujeres cristianas querían expiar con sus penitencias los crímenes de las que se prostituían por los dioses: Fermiona, Hilaria, Severina, Ciriaca, Lucina y Justa, daban ejemplo de virtudes cristianas. Desdeñaban sus riquezas para socorrer á los pobres, como lo hicieron Marcela y Asela, Paula, Lea, Albina, Eustoquia, Melania y Fabiola, que fué fundadora del primer hospital.

El patriciado antiguo descansaba en las divisiones de cla-

se, germen de orgullo; los sentimientos de fraternidad nacieron de la idea cristiana; la familia de Priscila fué la primera que empezó á tratar con humanidad á los siervos.

El triunfo del Cristianismo se debió á una mujer, á la piadosa Elena, madre de Constantino. Flaccila esparció la semilla de la fe en el corazón de su marido el gran Teodosio; San Basilio fué regenerado por su madre; San Juan Crisóstomo por la suya; la conversión de San Agustín se debió á Mónica, y más tarde Blanca de Castilla educó á San Luis y Berenguela á San Fernando.

Los beneficios del Cristianismo, extensivos á todas las criaturas, son más perceptibles con relación á la mujer, pues la antigua Roma, que se envaneció de sus sabias leyes, las tuvo despóticas y absurdas para el sexo femenino, lo mismo que la culta Grecia. No hablemos de los horrores á que estaba condenada entre los egipcios, babilonios, cartagineses y númidas; baste decir que el marido tenía *derecho de vida y muerte* sobre ella.

Los decenviros, al igualarla á una propiedad mobiliaria, establecían, para mayor afrenta, que era prescriptible.

La legislación de las famosas Doce Tablas, da por resultado la opresión y el envilecimiento de la mujer y del hijo, el despotismo marital y paternal y la nulificación del esclavo ante el amo.

La ley del divorcio hizo á la mujer juguete del hombre; amparados en esa ley practicaron las mayores inmoralidades Augusto y Catón, reformador el uno, censor el otro.

El libertinaje, degradando la santa institución de la familia, degradó el Estado por medio de la corrupción de costumbres.

Desmembrada la población por las inmoralidades cometidas, tuvieron que promulgarse aquellas famosas leyes denominadas *Ley Julia Poppea* y *Ley Papia Poppea*, que tenían por objeto la obligación del matrimonio para multiplicar los ciudadanos.

Como se ve, la sociedad doméstica no pudo tener peor aspecto en el reinado de Augusto, personificación genuína del paganismo.

La madre, tan venerada entre los cristianos, no inspiró respeto alguno entre los paganos; si tenía pocos hijos era repudiada; si tenía muchos, le eran arrebatados para ser un día

gladiadores en el anfiteatro y divertir con sus heridas á un público feroz anhelante de sangre

No alcanzó mejor suerte el hijo que la madre; por eso exclama Tertuliano: *Si pregunto á este pueblo que tiene sed de sangre de cristianos, y hasta sus jueces, tan equitativos para él y tan crueles para nosotros, por qué hay tantos que matan á sus hijos en el momento de nacer, ¿qué responderá su conciencia?*

En el paganismo, los niños mutilados ó débiles se arrojaban á un antro, la Religión cristiana les abrió asilos para fortalecerles el alma y el cuerpo. La regeneración de la familia por el cristianismo es una verdad incontrovertible, como lo es la rehabilitación de la mujer.

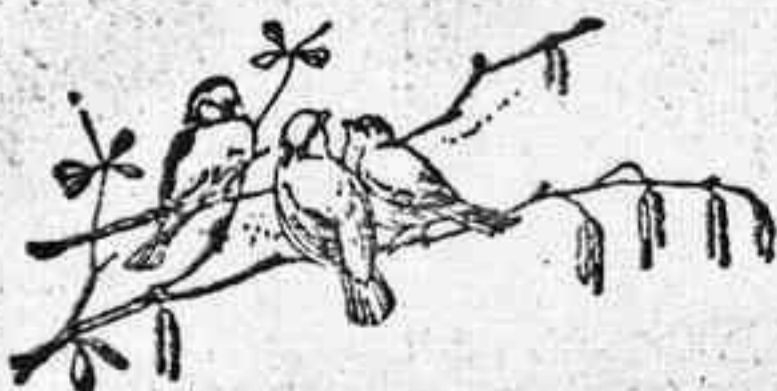
Esta, denominada *sér impuro* y colocada al frente del mal, es llamada más tarde *llena de gracia*, es elegida para Reina de los Angeles y Madre de Dios

Dotadas las mujeres de una sensibilidad más exquisita que la del hombre, fueron las primeras que abrazaron la Religión que nivela al indigente con el potentado, consuela al triste, ampara al anciano, vela por el desvalido, protege al débil y derrama en el corazón el bálsamo de la caridad y la esperanza. Las mujeres presintieron la divinidad de Jesucristo, mientras el Sanedrín, formado por jueces, ancianos y príncipes de los sacerdotes, pidió á Poncio Pilato que condenara á Jesús; Claudia, mujer del Pretor, esforzábese en probar la inocencia del acusado, afirmando que creía en su divinidad. Claudia tuvo fe en ella, como la tuvieron Magdalena, Marta, Solomé la cananea, María de Bethania y todas las galileas.

Entre las mujeres no hubo una voz que se alzara contra Jesucristo, no hubo quien dudara de su palabra.

¡Felicítese la mujer de no haber tenido en su sexo fariseos!

CONCEPCIÓN JIMENO DE FLAQUER.

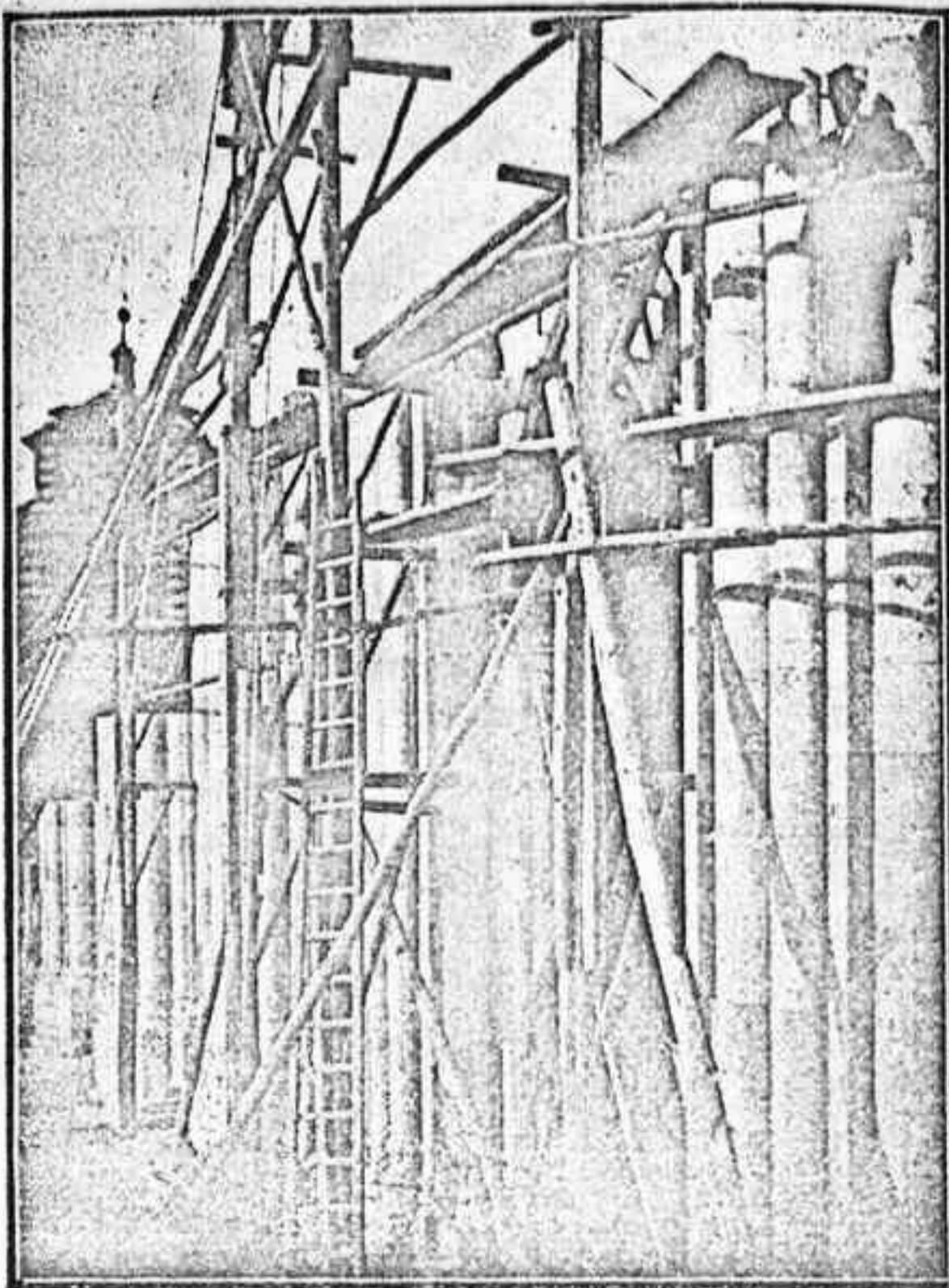


LAS OBRAS DE LA BASÍLICA

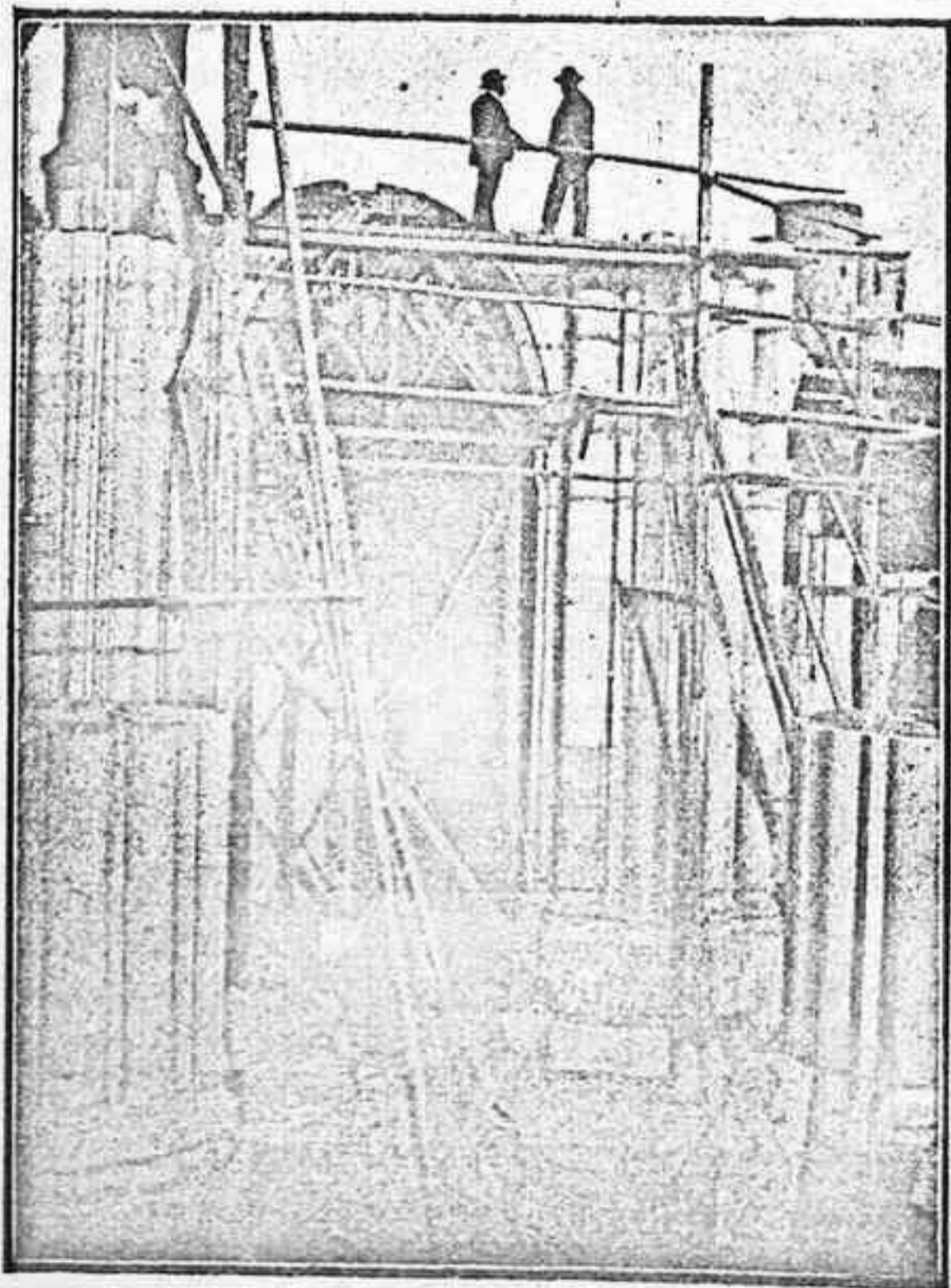
Los grabados del estado de las obras que hoy ofrecemos en estas páginas, dan clara idea de los adelantos que en la construcción de las capillas se advierte; en ellos puede observarse la disposición de las cimbras, que sirven de apoyo á la sillería de la fábrica y la altura á que ya se eleva la construcción; pero sobre lo que puede apreciarse en los grabados, nos complacemos en advertir que, como quiera que el hacer las fotografías y clichés de fotograbado necesitan de algún tiempo anterior á la fecha en que ve la luz pública nuestra Revista, desde

entonces hasta el día de hoy, se han cerrado completamente los arcos de entrada á las capillas desde el interior de la Basílica, así como los de las ventanas, que, como es consiguiente, corresponden á la parte exterior.

El feliz acuerdo de la Junta de señoras de Madrid, inspirado por los deseos de SS. AA. RR. las Infantas D.^a Paz y D.^a María Teresa,

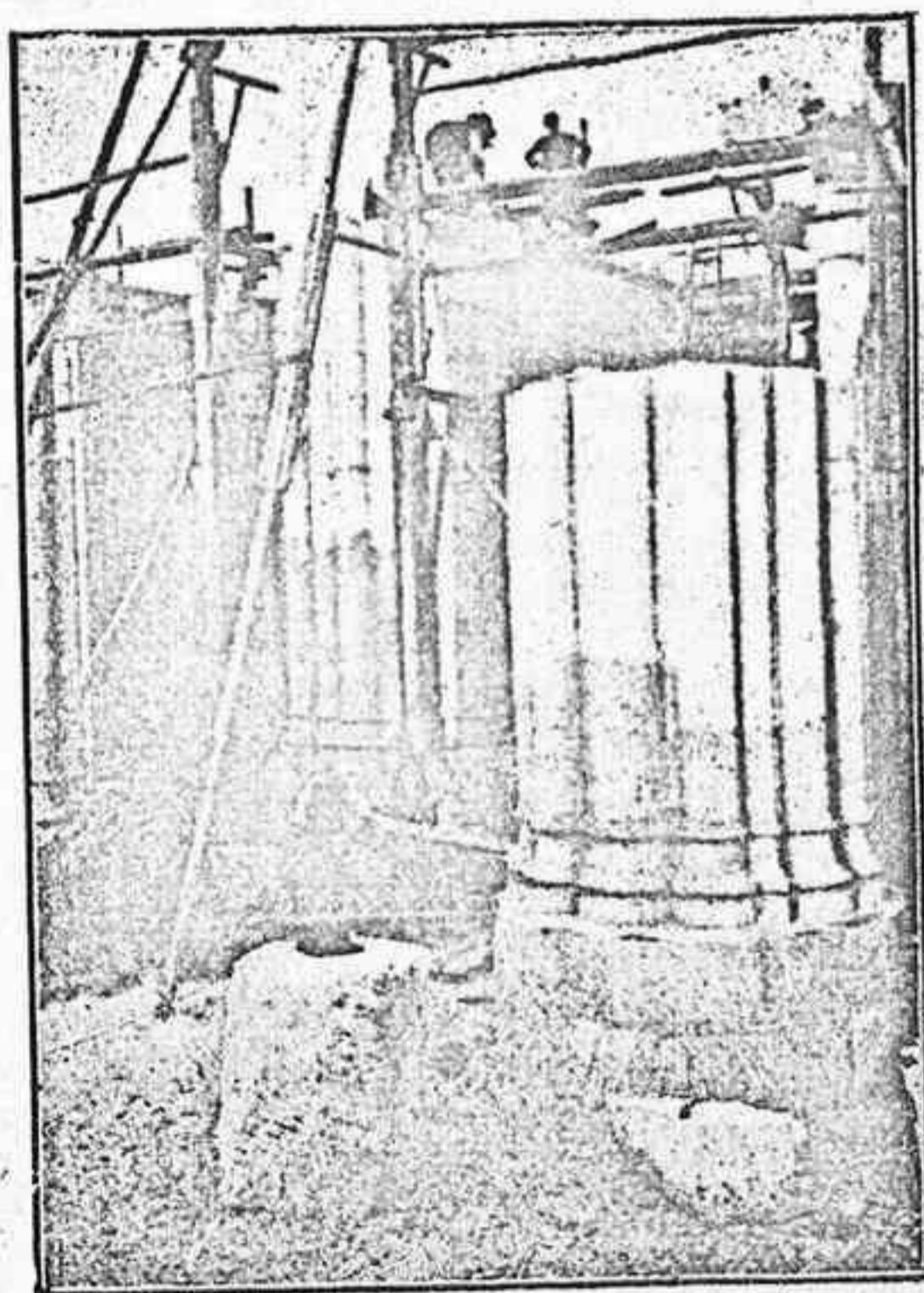


para que en las próximas fiestas de Santa Teresa pudiera celebrarse por primera vez la santa misa en una de las capillas de la Basílica en construcción, y cuya iniciativa ha encauzado tan admirablemente la Excma. Sra. Marquesa de Squilache, va á tener la oportuna realización en la fecha señalada: las dudas que muchos abrigaban de que no era posible la terminación de las capillas, dados los elementos de trabajo con que se contaba, van desapareciendo á medida que conocen los datos relativos á la construcción; y los que visitan las obras



quedan plenamente convencidos de que será un hecho la inauguración de ambas capillas en las fechas señaladas al efecto.

Santa Teresa de Jesús desde el cielo, protege la construcción de su Basílica, y sus innumerables devotos coadyuvan cada día con más entusiasmo á la realización de tan santos ideales, enviando donativos para las obras, que irán en aumento á medida que se vaya conociendo el impulso de las mismas y vaya desapareciendo la desconfianza que algunos tenían de que no podía soñarse con la continuación de aquéllas en la forma que hoy se llevan, gracias al interés, cada día mayor, que hacia ella sienten SS. AA. RR.





EL SENTIMIENTO

(CONTINUACIÓN)



LA mujer ideal de aquel mundo primitivo era esa; la que después de la lucha en el surco traía la dicha como la espiga de trigo trae todos los bienes; la que como ella, rodeada de rojas amapolas, de amarillos jaramagos y blancas margaritas, como flores de un altar, hacía gala de esa hermosura natural, propia, sencilla que forma el principal hechizo de la mujer soñada.

Con razón puede decirse que á tal ambiente corresponde tal mujer. Si del ambiente de amor á la Naturaleza, que era su Dios en la India, inundando de amor y admiración todas las almas, pasamos á aquel ambiente artístico, pero sensual, de la Grecia, no puede hallarse prueba más convincente de nuestro aserto. Grecia, que supo hacer un Parthenon, no supo hacer un dios digno de aquel templo y de otros tantos tan grandiosos, donde cristalizó todo su genio artístico.

Y es que Grecia, poseyendo el corazón del arte, no poseyó el arte del corazón, el sentimiento. Su filosofía era la filosofía del goce, de la pasión, y la pasión es la sensación, pero no es el sentimiento. No es posible gozar con la sensación molesta, pero sí se goza con el sentimiento adverso, porque esa es la poesía del dolor, mientras que el dolor físico, la sensación dolorosa no tiene poesía. Por eso Grecia, emborrachada en el placer ó queriendo santificar sus propios defectos, buscó un dios tal como lo sentía ó lo necesitaba, y de aquel genio, capaz de crear todas las grandezas, salió un chabacano sentimiento religioso que creó el Olimpo, una mala casa de vecindad llena de líos y chismes, surco innoble y repugnante de donde forzosamente tenía que salir la correspondiente diosa del amor, la Sila griega, en una palabra, Venus; Venus, que nacía de la espuma del mar, el símbolo de la nada, de lo mudable y de lo pérfido, puesto que la espuma sólo es aire, y el Océano la imagen de la perfidia y la inconstancia. Verdad es que las volutas armoniosas y elegantes de la onda marina se reflejaron en toda su bella plasticidad en las curvas voluptuosas de aquella diosa, pero ¡cuán enorme diferencia entre el símbolo de Sila y la Venus simbólica del paganismo!

Belleza exclusivamente física; estaba encerrado todo su espíritu en el espíritu

de la perversidad, y sólo quedó de ella, lo que podía quedar, el mármol, á que dió vida, no el Olimpo con todos sus dioses, sino el genio de un hombre como Praxiteles. No podía el tipo mujer de aquella sociedad pagana ser de distinta manera de lo que fué; el gineceo no es el hogar; liviana, mudable, pérfida, ligera; aquella creación mitológica llevaba en sí todos los horrores del mar sin ninguno de sus encantos, salvo la hermosura. ¡Quién sabe si de esta sociedad actual semipagana, donde muchos... y muchas saben que siguen á Maeterlinch y Nietzsche, y muchos más los siguen sin saberlo; quién sabe, repetimos, si esta sociedad ligera, dorada, chispeante, bulliciosa, alegre, embriagadora, no nacerá algún día como diosa, como mujer-tipo, una nueva Venus que brote, no de la espuma del mar majestuoso, inmenso, incomparable, sino de la espuma del champagne, también dorado, chispeante, bullicioso y embriagador como ella! Ella sería la diosa de la sensación, no la diosa del sentimiento. Y la sensación con todos sus estímulos y placeres es el bello ideal de la sociedad presente.

Análogamente á estos dos prototipos femeninos tan distintos podríamos presentar otros parecidos al primero, engendrados tal vez por él, pero llenos todos de ese sentimiento de dulzura y poesía inseparables de la idea ó concepto de la mujer. Y aún más si se tiene en cuenta la poesía de aquellos países donde recibieran culto. Freya é Hilda en las poéticas selvas escandinavas; Wodhan y, sobre todo, Hertha, en los bosques sombríos de la Germania, traen á la desilusión presente ecos de esperanza, sueños vagos de una juventud que parece perderse en lo infinito de la lontananza.

Aquellas religiones simbólicas no podían dar de sí otra cosa que simbolismos, no realidades, pero que definían claramente sus sentimientos. La realidad debía quedar para la realidad, y al propio tiempo que Cristo, el verdadero Dios, aparecía en la tierra con su doctrina, basada en el amor y el sentimiento, forzosamente aparecía la mujer ideal, la mujer soñada y esperada por los hombres desde el principio de los tiempos, aquella María de Nazareth, humilde esposa de un artesano y madre, al propio tiempo, de un Dios.

No nació de un surco ni de una ola; nació de la Idea soberana de Dios; nació en la eternidad, lo que equivale á no nacer, pues ya existía desde que existió el Sér Supremo. No faltó más que hacerla carne, y lo mismo que Dios, su Hijo, la tomó de aquella substancia pura que existió en el mundo antes del pecado. No podía por menos de ser así: Dios no podía engendrarse sino en su misma substancia, libre de toda mancha; había de salir de un sér ideal, y siendo ideal, necesariamente debía ser puro sentimiento.

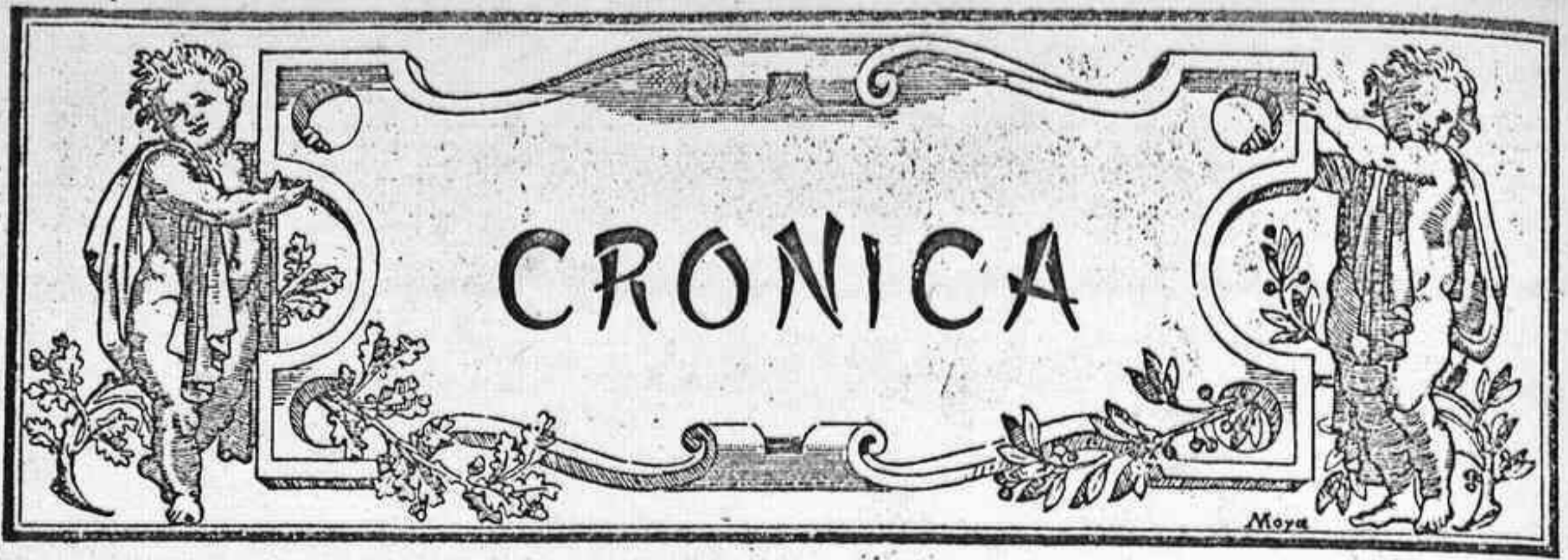
Las otras mujeres-diosas, Sila, Kova, Isis, etc., etc., fueron creadas por necesidad psíquica de los pueblos que las adoraron: ellos las imaginaron; su inteligencia y su sentimiento les atribuyeron las virtudes y encantos que las adornaban. Representaban todas la felicidad del vivir, arrancada de la espléndida naturaleza que las engendró, de las riquezas y dones del mundo natural, y, á veces, de los goces de la materia. Fueron, en una palabra, una creación grandiosa, feliz, de los hombres, pero al fin y al cabo creación humana.

CASTOR AMÍ.

Agosto 1906.

(Continuará).





A nuestros suscriptores. —Rogamos á cuantos estén en descubierto con esta revista se sirvan enviar el importe de sus suscripciones ó avisarnos el modo que hemos de emplear para hacerlas efectivas.

* *

Por un favor. —De Barcelona nos escribe la respetable señora D.^a Concepción García de la Riva enviando cincuenta pesetas como donativo para las obras de la Basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes. Según indica la señora remitente, es ofrenda de dos personas devotas de la Santa, en acción de gracias por haber alcanzado la salud de un enfermo

Sea el parabién á la cristiana familia favorecida y la gloria á la bendita Santa de inagotables bondades.

* *

El Papa y la Basílica. —Conforme nuestros lectores pueden apreciar por el diploma de Su Santidad Pío X y la carta del Cardenal Secretario de Estado, Mgr. Merry del Val, las gestiones de S. A. R. la Infanta D. Paz, encaminadas á obtener para los contribuyentes y fautores de la Basílica de Santa Teresa una bendición singular, han logrado el más satisfactorio resultado.

Los documentos son en sí harto expresivos para que hayamos de poner comentarios de ninguna especie.

Lo que sí hemos de hacer, es felicitarnos mutuamente de la gracia extraordinaria que se nos entra por casa y expresar vivamente nuestra gratitud á la Santidad del Soberano Pontífice y á la Alteza de la Infanta de España doña Paz, por haber contribuído á este agasajo que los devotos propagadores de la Basílica guardarán en el relicario santo del corazón

Hoy no hemos podido hacer otra cosa que trasladar en su copia y en su traducción el diploma á las columnas de esta revista.

En el número de Septiembre, Dios mediante, reproduciremos en fototipia el original, como ornato artístico de la revista y recuerdo cariñoso de tan venturosa fecha.

* *

La Infanta Paz y la crisis de Béjar. —Era una ciudad alegre, viva, productora como una colmena. Vientos de amargura llevaron la tristeza á sus fábricas, el hambre á sus hogares, la desesperación á sus familias.

La crisis va siendo intensa, prolija, inaguantable. Se ha hablado de emigraciones en masa á otros países.

Las almas generosas no se avienen á que se reproduzcan en Béjar las estrofas de Rodrigo Caro y prueban medios de rehacer el enjambre diezmado y disperso de la colmena. Una sociedad se ha constituido con ese fin.

Las querellas de los humildes bejaranos llegan á las alturas de la realeza, y entre las augustas damas que rodean el trono español, se agita una idea que puede ser el cable de salvación para la industriosa ciudad, hoy casi yerma y paralizada. Es un nuevo rasgo de magnanimidad de nuestra Augusta Directora.

Dentro de pocos días nos será dado ser más explícitos en lo que hoy sólo podemos esbozar.

* * *

El monumento al P. Cámara.—Ahora parece que va de veras. Hemos visto poner la valla y abrir las zanjas para la cimentación del monumento que se ha de erigir al inolvidable obispo de Salamanca en la plazuela de Anaya.

Con gran júbilo se ha recibido en todas las esferas sociales la iniciación de las obras, y es de esperar que, activadas éstas convenientemente, podamos en breve contemplar en estatua la figura venerable de aquel insigne Prelado que tantos beneficios reportó á su diócesis y tan alto hizo sonar el nombre envidiado de Salamanca.

* * *

En Munich.—Aprovechando la temporada estival de vacaciones, ha salido para Munich el subdirector de esta revista y amigo queridísimo nuestro, doctor Gonzalo Sanz, canónigo de esta Santa Basílica Catedral.

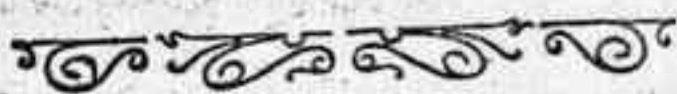
Estimado tanto como querido de la Casa Real de Baviera y de las altas familias aristócratas de aquel reino, sabemos que está siendo objeto de constantes distinciones y agasajos. En la actualidad viaja con sus amigos por los Alpes Austriacos, de cuyos panoramas soberbios nos refiere sus impresiones de encanto y asombro.

En ausencia del Sr. Sanz, ha quedado al cargo de LA BASÍLICA TERESIANA el redactor de la misma y catedrático de Calatrava D. Andrés A. Polo.

* * *

Un nuevo canónigo.—Acaba de ser nombrado por el Gobierno en la vacante del M. I. Sr. D. Valentín Domínguez, ascendido á la dignidad de Arcipreste, el beneficiado D. José Emilio Mateos Montalvo, sacerdote ejemplar por sus virtudes, afabilísimo en su trato y celosísimo del bien de las almas. El pueblo de Salamanca tiene un dictado para sobrenombrar al canónigo electo, que nosotros no insertaremos por no ofender su modestia.

Con la alegría popular se une la alegría y el parabién de LA BASÍLICA, que cuenta en él uno de sus más sinceros amigos y de sus más ardorosos propagandistas.



DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

Pesetas Cents.

De Mme. E. Pflamm.....	50	"
" D. ^a Prudencia Vela (Llanes).....	9	"
" D. Joaquín Flores, Delegado en Teruel.....	25	"
" varios donativos enviados por íd. de íd.	41	"
" D. ^a María Guerrero (Málaga).....	15	"
" Juan Huelín, de íd.....	5	"
Enviado por la Sra. D. ^a Celestina Pérez de Blanco y recolec- tado en los coros de Santiago de Compostela.....	465	30
De D. ^a Concepción García de la Riva (Barcelona), por dos gra- cias alcanzadas de la Santa... ..	50	"
" D. Carlos García Perate (Madrid).....	25	"
" D. ^a Ana Girona de Sanlchi (Barcelona).....	500	"
" " Tomasa Hernández (San Pedro Acerón).....	5	"
" la Srta. María Zayas (Bilbao).....	100	"
" D. ^a Concepción y D. ^a Jesusa de Ausótegui, de íd..	50	"
" " Emma Zayas, de íd.....	50	"
" D. Vicente Urigüen, de íd.....	15	"
" la señorita de Novia Salcedo, de íd.....	25	"